

Pensar distinto:

¡Lo extraño! La cama está helada de su lado, a la derecha la sábana sigue tensa e inmóvil. Lado inútil y vacío si los hay, sobre todo por las noches. Durante el día mantengo la puerta cerrada de la habitación y entonces la cama no importa que sea tan ancha, nadie se da cuenta. A veces me abrazo a su almohada y esquivo las pantuflas inmóviles que siguen debajo de su mesita.

Ayer escondí el cepillo de dientes para olvidarme por un rato de su sonrisa fresca, de su carcajada ansiosa.

Estoy pensando en llamar a la oficina de la revista para llevar sus cosas o debiera quedármelas. Todavía no sé, todavía o recién, no puedo darme cuenta bien.

Peleo a menudo con mi deseo de apretar fuerte todo lo que le pertenece y la necesidad sanadora de poder soltar. Será necesario dejar en otro lugar lo que tenía conmigo o ya no es conmigo y sólo él su propietario.

Debo sobrevivir a mi desvencijado modo de aferrarme o tal vez algo deberá dejar de existir para aliviar mi recuerdo. Pienso, sueño y entonces despierto para entender que debo llevar a otro lugar su genialidad, que conmigo era personal pero para muchos otros, profesional.

No puedo con su alarma que suena, la apago y sigue sonando a las 6 a.m. todas las mañanas. Si yo no me levanto tan temprano como lo hacía él, si yo ya no tengo deseos que me despierten, ni siquiera su alarma.

Las últimas semanas mientras preparaba el desayuno, yo me hacía la dormida. Finalmente se iba con su histrionismo pero sin mis besos.

Yo sé que se fue por pensar distinto, me duele pero trato de tomar distancia. Sé que es imposible cambiar al otro, aunque lleváramos tanto tiempo juntos pero sobre todo porque ambos éramos adultos.

Ni siquiera con Art que acaba de cumplir sus 16 pude lograrlo. Como su padre se ríe de la Virgencita de Guadalupe que trajimos del último viaje a México. Al principio me gustó por todo el trabajo en plata que tenía realizado pero quizás sabiendo que vendrían tiempos difíciles, me acompaña del lado izquierdo de la cama desde entonces.

No sé si es amuleto porque jamás hubo en casa nada del Cristianismo, pero cuando él viajó a Estambul me trajo una Mano de Fátima con piedritas azules que cuelga en la entrada de casa. - Esas tonterías que te gustan a vos – decía.

Y tengo una Cruz de David, un Crucifijo, un Buda sonriente, la Virgen de Lourdes, y muchas otras virgencitas, morenas, chiquitas, todas increíblemente hermosas que fue trayéndome de sus viajes de trabajo.

No puedo dejar de pensar en él. No sé bien dónde está ahora pero no son celos los que me torturan como antes.

Muchas veces discutíamos sobre la revista y sus convicciones. Lo que yo pensaba, descortés y ofensivo, para él era pura libertad. Yo me enojaba y él reía. Esa sonrisa es la que extraño aunque en esos momentos me molestara tanto.

- No soy yo - le decía.

-¿Caricaturas de Mahoma? - ¿Del profeta?

Me enojo y trato de olvidarme de esa última pelea, no podía yo hablar de ética, si apenas comprendía una décima parte de lo que él había investigado y sabía sobre religiones y creencias. Tonterías pensadas por el hombre para alivianar el dolor, se defendía.

Enojado repetía a Voltaire: “la libertad de expresión debe ser defendida incluso cuando las opiniones expresadas sean contrarias a las nuestras”.

Yo sabía que sus compañeros como él defendían esa libertad sin importar cuán agresivos podían ser con otros.

Sé que no estaba solo cuando reía, pero hoy que lo extraño tanto no puedo dejar de pensar qué pasó en el momento en que esos dos creyentes llegaron a la editorial y abrieron fuego.

Estoy más segura de lo que esos terroristas pensaban en nombre del Islam, que de lo que mi amado Georges tuviera en su cabeza en ese segundo devastador y de increíble horror.

Ojalá algún santito se haya apiadado de su dulzura y aunque ninguno de sus once compañeros muertos haya acudido por alguno, ojalá no se hayan quedado solos, sólo por pensar distinto.

Rosana Clarisa Rossi